

El Bienestar Ideal en la Concepción del Mundo

Martín A. Gross B. *

Resumen

Wilhelm Dilthey, autor de la teoría de la concepción del mundo, adjudicó a la actitud epistémica volitiva un papel central en la formación de las representaciones mentales, haciendo de la idea de bienestar un paradigma de primer orden para la comprensión de lo social. Esta visión, a pesar de estar contenida en importantes sistemas teóricos como los de Simmel, Schütz, Berger y Luckmann, ha dejado de ser explorada por la sociología contemporánea, quizás en parte por el incómodo estilo narrativo en que ha sido expuesta, no obstante sus aportes siguen siendo valiosos.

Palabras claves: Teoría social, representaciones, volición, teleología.

Abstract

Ideal Welfare in the world Conception

Wilhelm Dilthey, author of World Conceptions Theory, confers to the volitive epistemic attitude a principal role in the mental images formation, making the welfare concept a paradigm of first order to achieve the social matter comprehension. Even though this vision is included in several theoretical systems (Simmel, Schutz, Berger and Luckmann), it is not exploring now by contemporary sociology, maybe because it have been exposed in an uncomfortable narrative style.

Key Words: Social Theory, images, volition, teleology.

*Estamos en un mundo tan singular
que el vivir es solo soñar*
CALDERÓN DE LA BARCA

En este breve ensayo procuro explicar con claridad un conjunto de reflexiones sobre el lugar que ocupa la idea de bienestar en el proceso de formación de la concepción del mundo que fueron desarrolladas por escrito originalmente de un modo enunciativo y a veces desarticulado. Como en mi interpretación puedo haber tergiversado algunos pasajes sin querer, he dejado íntegras algunas citas largas que le permitirán al lector establecer comparaciones.

El hombre orienta todas sus acciones de manera directa o indirecta, conciente o inconciente, hacia un fin, el bienestar. No le basta con estar, anhela estar bien.

«*Todas las concepciones del mundo contienen, cuando tratan de ofrecer una solución completa del enigma de la vida, la misma estructura. Esta estructura consiste siempre en una conexión en la cual se decide acerca del significado y sentido del mundo sobre la base de una imagen de él, y se deduce así el ideal, el bien sumo, de los principios supremos de la conducta*» [Dilthey, 1945: 135]. Por eso, el conocimiento de las formas en que la idea de bienestar se presenta en las sociedades es básico para comprenderlas.

Dada la naturaleza de la estructura psíquica del ser humano, éste

según Dilthey, capta el mundo a partir de tres actitudes de conciencia fundamentales, la intelección, la afectividad y la volición: «yo juzgo los objetos, me complazco en ellos y me encamino a realizar algo en ellos» [1945: 135].

De estas tres actitudes, la volición es la más importante para el sistema teórico de la concepción del mundo, porque en él la medida de lo que el hombre percibe como beneficioso para sí depende sobre todo de la asignación de valor que conlleva el querer.

(...) aquello que un hombre haga tiene que contribuir con el cosmos ideal, histórico, materializado, del espíritu, para que sea considerado como valioso. [Simmel, 1988: 213]

Cada acción implica una elección, una jerarquía de valores que puede llegar a formularse como el resultado de una valoración universalmente lógica, una captación intelectual objetiva, pues nadie desea a consciencia vivir en contradicción consigo mismo; de hecho, por su naturaleza particular, el querer suele derivar en prescripción, regla o norma. Pero antes de llegar a tal punto la valoración ha de ser gestada en el dominio de la subjetividad. Sólo en tanto que la relación de un pensamiento con una vivencia ha dado origen a una valoración, ésta puede ser aceptada como válida para todos dentro de una formulación abstracta, y así sostener las enseñanzas formales sobre la vida relacionadas con un bien último.

Para Dilthey los actos de captación de la realidad son, en primer lugar, operaciones lógicas elementales — identificar, distinguir, determinar grados, unir, separar parte y todo según la relación de copresencia y enlace — y luego, operaciones lógicas superiores — que son las que se presentan con el pensamiento discursivo, es decir, con el pensamiento que funciona por la palabra, no sólo hablada, y encuentra su expresión en el juicio (1978: XIV).

Émile Durkheim hace un planteamiento semejante con respecto al hombre: «En él hay dos seres, un ser individual, que tiene su base en el organismo y cuyo círculo de acción se encuentra, por eso mismo, estrechamente limitado, y un ser social que representa en nosotros la más alta realidad dentro del orden intelectual y moral» (1960: 23).

Hacemos explícitas nuestras percepciones al distinguir e interpretar

las relaciones fundamentales de lo real por medio de operaciones elementales del pensamiento que producen mentalmente representaciones del mundo percibido: Parto de la percepción de un objeto cualquiera, un árbol por ejemplo.

Lo que realmente se me da de él son el tronco, trozos de ramas, hojas, todo desde un punto de vista determinado. Completo esta imagen singular mediante representaciones. Este resultado de la captación cobra su unidad mediante la referencia al objeto mismo. Los modos de captación más dispares — percepción, designación verbal, representaciones en diversos grados de viveza y plenitud — se hallan entrelazados en un sistema de relaciones internas. [Dilthey, 1978: 39]

La formación de las concepciones del mundo está determinada por la voluntad de obtener solidez en la imagen del mundo, porque así las situaciones, las personas y las cosas cobran un significado más permanente en su relación con el todo real, y el todo mismo cobra sentido.

Las representaciones de la realidad al ser asociadas entre sí con coherencia en la mente humana mediante la fijación de tipos, direcciones y lugares relativos al mundo objetivo, se independizan del sujeto cuando éste las vuelve a captar, recuerda, porque al abandonar la inmediatez de su creación mental no son percibidas ya como propias de quien las produjo, sino como pertenecientes al mundo exterior y objetivo.

Habiendo pasado el objeto de la intuición al juicio, cambia el modo y manera de la conciencia en que se nos presenta, sin que cambie él mismo; esa experiencia en la mente humana implica una dimensión de la estructura de la concepción del mundo donde la representación se revierte en fundamento de la estimación de lo vital, y hace que un nombre, un concepto o un discurso puedan dar la misma impresión de realidad objetiva que un edificio o el sol.

Dice Georg Simmel [1988: 204]: Que el hombre no se ubique incuestionablemente en el hecho natural, como el animal, sino que se separe de él, se le contraponga, exigiendo, luchando, ejerciendo y sufriendo la violencia, con este primer gran dualismo se origina el proceso sin fin entre el sujeto y el objeto. En el interior del mismo espíritu encuentra su segunda instancia. El espíritu produce innumerables figuras que continúan existiendo en una peculiar autonomía con independencia del alma que las ha creado, así como de cualquier otra alma que las

acepta o rechaza. Así, el sujeto se ve tanto frente al arte como frente al derecho, tanto frente a la religión como frente a la técnica, tanto frente a la ciencia como frente a las costumbres, no sólo tan pronto atraído, tan pronto expulsado por su contenido, ahora amalgamado con estas figuras como un trozo del yo, tan pronto en lejanía e intangibilidad frente a ellas; sino que es la forma de la fijeza, del estar-coagulado, de la existencia petrificada, con la que el espíritu, convertido de este modo en objeto, se opone a la vivacidad que fluye, a la autoresponsabilidad interna, a las tensiones cambiantes del alma subjetiva; y ello en tanto que espíritu ligado íntimamente al espíritu, pero justo por ello experimentando innumerables tragedias en esta profunda oposición de forma: entre la vida subjetiva que es incesante, pero temporalmente finita, y sus contenidos que, una vez creados, son inamovibles, pero válidos al margen del tiempo.

El universo simbólico [...] ordena la historia y ubica todos los acontecimientos colectivos dentro de una unidad coherente que incluye el pasado, el presente y el futuro. Con respecto al pasado, establece una memoria que comparten todos los individuos socializados dentro de la colectividad.

Con respecto al futuro, establece un marco de referencia común para la proyección de las acciones individuales. De esa manera el universo simbólico vincula a los hombre con sus antecesores y sus sucesores en una totalidad significativa, que sirve para trascender la finitud de la experiencia individual y que adjudica significado a la muerte del individuo.

Todos los miembros de una sociedad pueden ahora concebirse ellos mismos como pertenecientes a un universo significativo, que ya existía antes de que ellos nacieran y seguirá existiendo después de su muerte. La comunidad empírica es traspuesta a un plano cósmico y se vuelve majestuosamente independiente de las vicisitudes de la existencia individual. [Berger y Luckmann, 1972: 133]

Aprehendemos la realidad de la vida cotidiana como una realidad ya ordenada y objetivada que ha sido constituida por un orden designado como tal antes de que apareciésemos en escena. Quizá sea por eso que Ernst Cassirer considera que el homo sapiens es más bien un animal symbolicum, y Gilbert Durand dice que las cosas sólo existen por medio de la figura que el pensamiento les da objetivamente [1979].

La totalidad de los objetos que se pueden percibir están contenidos en una colección de imágenes que son como el hábitat en que se despliega la vida. Nuestro conocimiento del mundo supone construcciones, grupos de abstracciones, generalizaciones, formalizaciones del pensamiento, por eso las culturas pueden ser consideradas como un sistema de imaginarios que determinan el lenguaje, las reglas matrimoniales, las características económicas, el arte, la ciencia, la religión [Mauss, 1966], que alcanzan tal fuerza que parecen imperturbables, obvios, y nos llevan a decretar que ese mundo que en el momento estamos observando es todo.

Gracias a la independencia que alcanza la imagen emancipada de su paternidad subjetiva, se convierte en fundamento imperativo tanto de nuestro pensar como de nuestro sentir y, sobre todo, querer: [...] dentro de la captación objetiva se hace valer una prosecución de fin: las formas de representación de cualquier realidad constituyen etapas en un nexo final en el cual lo objetivo se allega hacia una representación cada vez más completa y conciente. Este modo de actitud en el cual captamos lo vivido y lo dado, engendra nuestra imagen del mundo, nuestros conceptos de la realidad, las ciencias particulares en que se divide el conocimiento de esta realidad; por lo tanto, el nexo final de este conocimiento de la realidad. En cada punto de este proceso actúan el impulso y el sentimiento. En éstos se halla el centro de nuestra estructura anímica; a partir de él se mueven todas las profundidades de nuestro ser. Buscamos una situación de nuestro sentimiento vital que en algún modo acalle nuestros deseos.

La vida se encuentra en constante aproximación a esta meta: ora parece haberla alcanzado, ora se aleja de ella. Sólo las sucesivas experiencias enseñan a cada uno dónde se halla para él lo permanentemente valioso. El trabajo capital de la vida en este aspecto consiste en llegar, a través de ilusiones, al conocimiento de aquello que verdaderamente es valioso para nosotros. (Dilthey, 1945: 207-208)

En las referencias vitales singulares que se establecen entre el yo, por una parte, y las cosas y los hombres, por otra, surgen los diversos estados de la vida: situaciones (Lagen) diferentes del yo, sentimientos de contrición o de exaltación de la existencia, anhelo de un objeto, temor o esperanza. Y como las cosas y los hombres que plantean una exigencia al yo ocupan un lugar en su existencia, como son soportes de exigencias o de obstáculos, objetos de deseos, metas, algo a evitar, surgen, por

otro lado, de estas referencias vitales, las determinaciones peculiares que se añaden a la mera captación de la realidad de hombres y cosas. Estas determinaciones del yo y de los objetos o personas, tal como emergen de las referencias vitales, son elevadas a reflexión y expresadas en el lenguaje. Así se presentan, con esta referencia, como juicios de realidad, como deseo, como exclamación, como imperativo. [Dilthey, 1978: 156] La transformación de una conciencia más simple en otra superior ocurre entonces por la comunicación de los hombres entre sí, que extiende la legitimidad de una determinada objetivación al mantenerla viva en los pensamientos y en las lenguas.

La ...«comunicación (*Gemeinsamkeit*) [sic] hace posible una coincidencia en las asignaciones de valores, de ella nacen el derecho consuetudinario, la moral» [Dilthey, 1978: 73].

[...] la voluntad engendra conexiones de fin que se realizan en una comunidad. También la organización externa de la sociedad podemos considerarla aquí como abarcando semejantes conexiones de fin. Así se manifiesta ahora el querer en la comunidad. Esta es posible porque, tan pronto como se sale de la persona individual, el querer implica una relación de determinar y ser determinado, de mandar y de obedecer. [Dilthey, 1978: 72]

Es también para Dilthey en el intercambio del parecer subjetivo donde mediante la volición ocurre la toma de conciencia de sí, ya que en las imágenes que reproducimos mentalmente incluimos la del sí mismo de manera objetivada. Cada imagen del mundo tiene una forma específica que singulariza la porción de material en que se imprime y que, enfrentada a otra, despierta la noción de universalidad al par de la de particularidad.

Finalmente no resulta difícil explicar la variedad de concepciones del mundo, sus interpretaciones son proyecciones que se basan en el conocimiento a mano en el momento mismo de la proyección. El clima, las razas, las naciones determinadas por la historia concurren para constituir condiciones especiales. La vida que surge en situaciones específicas tiene que ser tan diversa como diverso es el hombre que concibe la vida. La multiplicidad propia de los individuos, sus ambientes y sus experiencias de vida no tiene término, lo que pone un aparente fin es la voluntad del hombre de tomar una resolución cuando considera que es menester actuar.

A partir de la intención, del afán, de la tendencia, se desarrollan, en un comienzo, las adopciones permanentes de fines encaminadas a la realización de una idea, y luego, la suma y compendio de esas adopciones de fines en un orden supremo de nuestra actitud práctica, un plan de vida que lo abarque todo, un bien supremo, normas supremas de acción, una utopía que plasme lo mejor de la vida personal y la sociedad. Toda forma de vida humana tiene que producir, en natural desarrollo, un ideal de vida en el que la visión del yo y la del mundo sean correlativas. Las imágenes del hombre y del cosmos no son producto ni de una persona ni de una época, sino de la totalidad histórica. La continua formación de juicios que se entrelazan incansablemente en las mentes de los hombres que se comunican entre sí se ordena bajo una lógica totalizadora, independiente, con vida propia, que es la concepción del mundo misma operando ya como un cuerpo social coercitivo supraindividual, reuniendo vivencias y representaciones en un todo que establece y reforma.

El universo simbólico legitima los valores cotidianos, las prioridades y los procedimientos operativos, colocándolos en el contexto del marco de referencia más general que pueda concebirse. Así se forja la tradición, que gracias a la oscuridad de sus orígenes se convierte en un poder de fuerza excepcional.

La sociedad [...] es en conjunto un pequeño mundo, un cosmion, iluminado de significado desde adentro por los seres humanos que continuamente lo crean y lo sustentan como modo y condición de su autorrealización. Tal iluminación se efectúa mediante un elaborado simbolismo en varios grados de generalidad y diferenciación —desde el rito, pasando por el mito, hasta la teoría—; y este simbolismo lo ilumina con significado en la medida en que los símbolos hacen transparente la estructura interna de tal cosmion, las relaciones entre sus miembros y grupos de miembros y su existencia como totalidad, para el misterio de la existencia humana. [Schütz, 1974: 300]

La característica central y más sutil del mundo cotidiano es la de ser presupuesto. La acción racional está siempre dentro de un marco incuestionado e indeterminado de construcciones de tipicidades, por eso, así como entre los innumerables seres vivos existentes hay una lucha constante por la vida y el espacio vital, que adopta las más ingeniosas formas, los hombres, representantes de concepciones del mundo asentadas sobre el globo, luchan entre sí por defenderlas, y

más y más en la medida en que diverjan los ideales de bienestar hacia los cuales se proyectan y se conviertan en obstáculos recíprocos.

Y si las acciones individuales y sociales son teleológicas, el fin que persigan necesariamente será un bien con el que se pueda bien estar.

El que no obra como piensa, piensa incompletamente. Así siente que le falta alguna cosa: no está entero, no es él mismo [...] No obrar según lo que se cree mejor, sería como si no pudiese uno reír al estar alegre, ni llorar estando triste, que no pudiese, en fin, manifestar nada de lo que experimentase. [Guyau, 1985: 82]

Ahora, si bien la legitimidad que sostiene la actuación se cristaliza cuando lo sensible pasa a la representación lógica recordada mediante conceptos, ideales y bienes objetivos, el ambiente que la ilusión crea, tal como en el mito de la caverna de Platón, nunca permanece quieto, como los pensamientos no logran detenerse definitivamente a los efectos de la conformación de un sistema unitario.

Las concepciones del mundo no viven estáticamente, retroalimentándose, sino que dependen del dinámico capricho imaginante, de las representaciones del hombre que encuentran asidero en cualquier fenómeno real. Las imágenes individuales del mundo no concluyen ni se pueden cerrar, son infinitas, fluyen permanentemente, como totalidad son amorfas, subjetivas, simples ideas fragmentarias, por eso generalmente terminan en preguntas y antinomias; la ingenuidad de tomar nuestras propias representaciones por el mundo mismo sólo puede sobrevivir en un grado restringido.

Karl Jaspers nos recuerda que la experiencia de captación del mundo es un proceso dinámico progresivo: «Si lo que ha de ser el mundo, la verdad y las metas a alcanzar, nos parece obvio y claramente establecido, es porque estamos presos en una coraza que nos aísla de nuevas experiencias» [1922: 7]. Claro que esto nunca sucede en un grado absoluto, pues de ser así no nos sorprendería nada, no tendríamos problemas, el mundo estaría paralizado entre lo bueno y lo malo.

Lo que realmente nos lleva a hacernos preguntas es la experiencia del movimiento de nuestra propia concepción del mundo. «La vida adolece de la contradicción de que no puede alojarse sino en formas y de que, sin embargo no puede alojarse en formas, pues rebasa y rompe

todas las que ha formado» [Simmel, 1950: 28]. La forma es límite, diferenciación con respecto a lo vecino, cohesión de un conjunto mantenida gracias a un centro real o ideal hacia el cual convergen, por decirlo así, las series de incesante fluir de los contenidos o procesos racionales, y el centro de gravedad de cada una esas formas es una idea de bienestar que, aunque tampoco sea más que otra forma que pulula y reverbera en la conciencia de los hombres, tiene la peculiaridad de hacer transitar en su entorno y hacia ella las diversas formas de concepción del mundo.

Si a una persona le interesa conocer en profundo algún momento histórico específico de una sociedad, le será muy útil concentrar su atención momentáneamente en las motivaciones teleológicas allí presentes, siempre recordando que nuestra teleología no ofrece más que una expresión provisional y simbólica de la vida. Haciendo esto el estudioso podrá superar ciertos problemas relativos a las categorías de análisis usuales y comprender mejor cómo sucede que un espíritu utilitarista confecciona una historia llena de símbolos utilitaristas, trasladados aún a las latitudes más distantes, y cómo un mundo recreado en imágenes de revoluciones tecnológicas y procesos civilizatorios encuentra tales referencias por doquier.

La acción social del hombre ha sido privilegiada como categoría de análisis en la sociología, por lo común enmarcada por parámetros de cuantificación y calificación preestablecidos pertenecientes a la concepción del mundo de quien investiga; de observarse la teleología presente en el objeto de estudio, más allá de la propia, y plantearla como paradigma central, tal vez lleguen a conocerse elementos que identifiquen a dicho objeto, más que al investigador, que hablen de aquél más que de quien pregunta. Reconocer conceptos ajenos y emplearlos para caracterizar a sus autores, por lógica ayudará a penetrar su esencia, y en todo caso mostrará nuevos matices de la realidad en cuestión. Una exhaustiva comprensión sociohistórica exige el uso de términos lo más apegados posible a la razón particular que ha producido una acción.

[...] de la estimación de la vida y de la comprensión del mundo surge la última actitud de la conciencia: los ideales, el bien sumo y los principios supremos con los que la concepción del mundo cobra su energía práctica, algo así como la punta con que penetra en la vida humana, en el mundo exterior y en las profundidades mismas del alma. [Dilthey, 1945: 136]

Bibliografía

- BERGER, Peter y LUCKMANN, Thomas. 1972. La construcción social de la realidad. 2.ª Amorrortu, Buenos Aires.
- DILTHEY, Wilhelm. 1945. Teoría de la concepción del mundo. Fondo de Cultura Económica (Prólogo de Eugenio Ímaz), México.
- DILTHEY, Wilhelm. 1978. El mundo histórico. Fondo de Cultura Económica (Prólogo de Eugenio Ímaz), México.
- DURAND, Gilbert. 1979. La imaginación simbólica. Paidós, Barcelona.
- DURKHEIM, Émile. 1960. Les formes élémentaires de la vie religieuse.
4a. Presses Universitaires de France, Paris.
- GUYAU, Jean-Marie. 1985. Esquisse d'une morale sans obligation, ni sanction. Fayard, Paris.
- JASPERS, Karl. 1922. Psychologie der Weltanschauungen. Julius Springer, Berlín.
- MAUSS, Marcel. 1966. Sociologie et anthropologie. 3.a Presses Universitaires de France, Paris.
- SCHÜTZ, Alfred. 1974. El problema de la realidad social. Amorrortu, Buenos Aires.
- SIMMEL, Georg. 1950. Intuición de la vida. Nova, Buenos Aires.
- SIMMEL, Georg. 1986. El individuo y la libertad (Ensayos de crítica de la cultura). Península (Historia, Ciencia, Sociedad, N.º 198), Barcelona.
- SIMMEL, Georg. 1988. Sobre la Aventura (Ensayos de Filosofía). Península (Homo Sociologicus, N.º 45), Barcelona.